

Una prenda, dos recuerdos

Tomó la aguja y el hilo, sabiendo que con una costura no bastaría para cubrir tanto espacio desgarrado por los años. El tiempo imperturbable parecía haberle jugado una mala pasada a ese tapadito de frisa que tanto amaba y del cual no quería ni podía aún desprenderse.

Es difícil comprender desde el externo transcurrir de las cosas cómo un objeto inanimado puede poseer tanto valor; un trozo de tela color lavanda, insignificante, pero con un simbolismo que solo ella entendía.

Lo vio sentado desde lejos, estaba en uno de esos tantos bares ubicados en una de las callecitas irregulares de Madrid, el aire primaveral y el sol que comenzaba a esconderse le dieron al momento un toque de distención que ella interpretó como una buena señal. Él la miró con esos ojos azules que parecieron combinar a la perfección con esa prenda que la cubría del suave aire que soplabla moviendo los manteles floreados de cada una de las mesas del lugar. No hizo falta nada más, el amor lo dominó todo.

Ella la miró y le recriminó con dureza semejante gasto inoportuno en ese momento de crisis en el que su familia estaba inmersa. A ella en su juventud insurrecta, no le importó; ese abrigo en su cuerpo la hacía sentir segura para conquistar a ese muchacho con el que se encontraría ese día. La emoción la invadió y las palabras de su madre se deslizaron como si nada. El recuerdo entre costura y costura regresó a su mente como si hubiera sucedido ayer.

Botones verticales a lo largo de los pocos centímetros de la prenda, un cuello gastado por el uso, algún pequeño cráter producto de las inescrupulosas polillas, dos grandes amores que ya no estaban y los recuerdos que se le enhebraban por las agujas como hilos de nostalgias.

El pinchazo en su dedo la volvió a la realidad y continuó cosiendo como si nada.